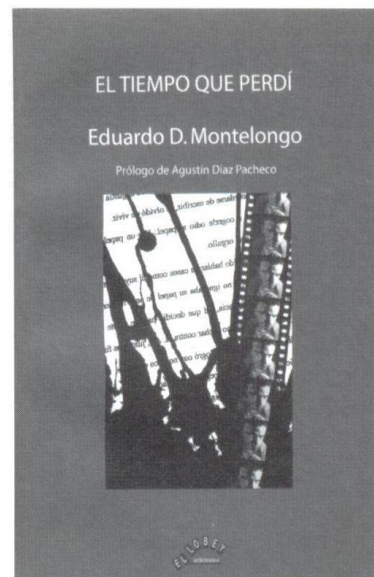
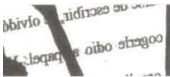




RESEÑA

EL TIEMPO QUE PERDÍ: SENDEROS PARA UN NUEVO SIGLO

SERGIO BARRETO HERNÁNDEZ



EL TIEMPO QUE PERDÍ
EDUARDO D. MONTELONGO
EL LOBEJ EDICIONES, TENERIFE, 2005.

Cuando la palabra *escritor* llega hasta nuestros oídos, el automatismo de la memoria, de las múltiples y maravillosas asociaciones que lleva a cabo nuestra mente comienza a descifrar una trayectoria, una historia que, cierta o no, intuita o inventada, trata de justificar a tal o cual sujeto como creador; es decir, esperamos, impelidos por el sempiterno romanticismo y la cultura de máscaras que reside en nuestro fuero interno, que tras ese individuo denominado con dicha palabra haya una brizna de anomalía, un ápice de encuentro o desencuentro físico o psíquico con lo que tiene lugar o existe. Pero la cuestión real es más sencilla, incluso más simple, y el escritor no es por sí mismo el profeta social, el rebelde cuya inadaptación ha convertido en arte, el individuo de existencia pasional, copas de coñac y tabaco... Al fin y al cabo sólo es el que, dentro de los insólitos engranajes del mundo, pone en práctica inteligencia, observación, meticulosidad y paciencia en pro de un objeto final: la obra. Lo demás viene dado por esa extraña, a veces desmedida, necesidad humana de construir leyendas.

Es por ello que el artista, en este caso, el escritor, debe alejarse de la marabunta de esa autocrítica destructiva que simplemente busca la encubierta satisfacción de la mano en el hombro y la palabra al oído, del capital pecado que es el envanecimiento

de creer existir para una labor suprema o de ese desmedido orgullo que acaba por coartar incluso la cuartilla sobre la que se trabaja.

La misión es crear, ¿comportarse tal vez?, como el hombre que labra la piedra de una cantera bajo sol, o como la mujer que regula fuegos y concibe insólitos sabores para sus más cercanos comensales; es decir, construir con la sensatez del agricultor, la astucia del camarero y la honestidad del médico. Y es en este camino, en este ámbito de creación, donde descubrimos a Eduardo Delgado Montelongo. Creador cuya juventud, poco más de dos décadas, permite establecer un nuevo nexo de unión con la literatura que nos lleva a una clara pregunta cuya respuesta no es evidente, por ahora, pero en cuyo sendero, indudablemente, está el *El tiempo que perdí* (Ediciones El lobey, Tenerife, 2005): ¿Es la literatura una carrera de relevos cuyo fin no podrán coartar ni los *mass media* ni la proliferación de *best sellers*? Con este primer libro de relatos de Eduardo D. Montelongo no podemos contestar sólidamente, aunque sí intuir las posibilidades de una nueva voz que, nacida durante la convulsa década de los ochenta, puede llegar con otras muchas.

Pero no acaban aquí las cuestiones que nos abre este volumen de poco más de cien páginas. Tras varias lecturas desde múltiples, muchas veces *escherianas*, perspectivas, el lector se ve empujado a hacerse más gratas preguntas: ¿Es posible romper la insidiosa cotidianidad, el hastío común, desde su interior? ¿Existe una trama esotérica que descifra temáticamente la obra para que ésta se nos presente como un calidoscopio bien ensamblado? ¿Cuál es el espíritu que mueve a esos creadores que están más allá de la llamada generación del silencio, y cuya vivencia de la realidad se encuentra lastrada por los baches de la comodidad, la tediosa rutina y la desgarradora forma de evasión? Tales planteamientos nos llegan, y se responden, desde el interior de ese objeto final que es *El tiempo que perdí*, pequeño reducto donde el autor ha vertido indudables gestos de inteligencia: “El Liberador, biografía de una gesta”, o de rauda, pero acertada observación como “El tiempo que perdí”; al igual que bellos guiños de meticulosa profesionalidad como “La muerte y el aspa de hielo”, “El origen de las leyes” o “Breve historia de la mayoría de la humanidad”.

Varios han sido los reputados escritores (Luis Alemany, Agustín Díaz Pacheco, Alberto Linares Brito, José Carlos Cataño, J. López Sánchez-Varos) que han expresado su confianza en este nuevo talento de las letras que, por el momento, ha sabido construir una obra coherente consigo misma, sincera y de un contenido que, lejos de simplicidades, a través de la sencillez lingüística, y no caigamos en definiciones como postmodernismo o concepción narrativa de vanguardia, explora esa de algún modo nueva naturaleza del hombre, naturaleza que de forma encubierta se enfrenta, con frecuencia desde las antípodas de la razón, con los desproporcionados marcos urbanos que, cada vez con más virulencia, nos moldean hasta diluirnos en ese tedio de códigos llamado sociedad de masas.